

Dossier

La revolución alemana: perspectivas y contingencias

Alejandro Andreassi Cieri

Universitat Autònoma de Barcelona

Este monográfico está dedicado a la Revolución alemana, cuyo arco cronológico debe considerarse comprendido entre noviembre de 1918 y octubre de 1923, con el fracaso del octubre alemán protagonizado por el KPD (Partido Comunista de Alemania). Si bien algunos autores utilizan una cronología mucho más corta que señalaría el final del proceso revolucionario con la proclamación de la Constitución de Weimar en agosto de 1919, consideramos preferible utilizar esta cronología más larga, dada la intensidad de la lucha de clases después de la aprobación de la constitución, de modo que la República de Weimar conocerá una real estabilidad social, política y económica únicamente a partir de 1924. Esta lucha social resulta no sólo del rechazo por las clases populares de la crítica situación de la inmediata posguerra, con la postración económica y el progresivo aumento del desempleo —que, sin llegar a las cifras de 1931-33, fue pronunciado especialmente por la incapacidad de la economía alemana de reabsorber con rapidez a la mano de obra liberada por la desmovilización del ejército—, sino que también recoge la experiencia combativa del proletariado alemán durante la segunda mitad de la Gran Guerra,

revelando su capacidad organizativa bajo la durísima represión ejercida por el Estado imperial y el Alto Mando del ejército. Prácticamente no hay un solo año entre 1919 y 1923 en que no se registren intensas movilizaciones locales, regionales o que afecten a toda Alemania, que adoptan incluso formas semi-insurreccionales o de lucha armada. Es el caso de los enfrentamientos entre el ejército rojo del Ruhr y el ejército (*Reichswehr*) apoyado por los grupos paramilitares de extrema derecha denominados *Freikorps* en marzo-abril de 1920, después de la derrota del intento de golpe de estado (*putsch*) de Kapp y von Lüttwitz derrotado por la movilización de los sindicatos. Un dato indirecto, pero significativo de la duración del período revolucionario, es que los *Freikorps* —columna vertebral de la represión anti-obra— fueran disueltos recién al acabar 1923. Los varios intentos de repúblicas consejistas que tuvieron como marco Baviera, Bremen y Brunswick, además del papel que los consejos de obreros y soldados tuvieron en el desencadenamiento del proceso revolucionario y en la caída del Kaiserreich, así como las cortas pero intensas experiencias de gobierno obrero socialista y comunista en los *Länder* de Sa-



Soldados revolucionarios en la Puerta de Brandenburgo. Berlín, noviembre de 1918 (Fuente: Deutschen Historischen Museum)

jonia y Turingia de 1923, son hitos que señalan la especificidad, las potencialidades y las limitaciones de la revolución iniciada en noviembre de 1918.

La revolución alemana tiene dos consecuencias fundamentales, cuyo alcance modula la historia europea de la primera mitad del siglo XX. La primera, que es el origen de la primera democracia alemana, al derribar a la autocracia imperial reinante desde 1871, tal como la define Heinrich August Winkler en su libro —ya un clásico— sobre la República de Weimar^[1]. Pero también es el proceso que acelera la formación del partido comunista alemán, que junto al italiano, serían los dos partidos más importantes después del PC(b) ruso, y fundamento de la esperanza de los revolucionarios rusos en el

triunfo de la causa revolucionaria, al menos en una primera fase, en Europa, y al mismo tiempo, de su fracaso, el de freno de la oleada revolucionaria iniciada en 1917 en Rusia.

Esta es otra consecuencia esencial de la revolución alemana, la fundación de un partido comunista (KPD —*Kommunistische Partei Deutschlands*— Partido Comunista de Alemania), que tendrá como exigencia desde el inicio de su andadura el explorar las vías de culminación de una revolución proletaria en un país económica y socialmente muy complejo y avanzado, y además en el contexto de un sistema democrático de reciente instauración como era la República de Weimar. Unas condiciones a las que su sola enumeración muestra como diametralmente opuestas a las afrontadas por la Revolución Rusa. La tarea que históricamente debía afrontar el KPD era la de investigar las condiciones de posibilidad y

1.- Heinrich August Winkler, *Weimar, 1918-1933: die Geschichte der ersten deutschen Demokratie* (Múnich: Beck, 1993).

resolver los correspondientes interrogantes que planteaba la revolución socialista en las naciones avanzadas. Ello le imponía dos actitudes que en principio no parecían contradictorias: solidarizarse con el movimiento revolucionario internacional, con la Revolución Rusa y con su organización hermana, el PC(b)R, y al mismo tiempo tomar distancia de las experiencias específicas y buscar su propia vía y métodos hacia la revolución. Ello conducirá al desarrollo de una visión teórica propia y específica que no coincidirá siempre con la perspectiva analítica de los revolucionarios rusos, en la medida en que estos eran el punto de referencia general en el movimiento comunista internacional.

Así mismo la revolución alemana revela la extraordinaria riqueza práctica y teórica desarrollada por el movimiento obrero alemán durante la preguerra, el conflicto y la inmediata postguerra, ya que paradójicamente la aparente unidad del proletariado tras el SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania) fue contestada por el desarrollo de alternativas que cuestionaban no sólo las carencias democráticas de la monarquía constitucional, sino también las propias prácticas y funcionamiento del SPD, así como de los sindicatos a él vinculados. De ahí la importancia del movimiento de delegados de empresa a favor del consejismo obrero (*revolutionäre Obleute*), evidenciada en las protestas y huelgas contra la guerra, así como la continuidad en la postguerra de movilizaciones a favor de la nacionalización de las industrias básicas, así como del desarrollo del control obrero en las empresas. El proyecto reformista de la socialdemocracia se enfrentó a propuestas revolucionarias, cuyas movilizaciones implicaron una dura represión protagonizada por el ejército y las fuerzas paramilitares de extrema derecha, con la aquiescencia de la dirección socialdemócrata. Por ello, incluso términos que han

adquirido carta de ciudadanía historiográfica como el de «revolución espartaquista» no hacen justicia a la realidad histórica, ya que los hechos de enero de 1919 no fueron sólo protagonizados por el espartaquismo —que ya en ese momento era formalmente del KPD (fundado entre el 31/12/1918 y el 1/1/1919)— sino que en ellos participaban el USPD —cuya ala izquierda se uniría más tarde al partido comunista— y los delegados revolucionarios de empresa que no estaban necesariamente encuadrados en las dos formaciones anteriores.

Muchos de estos aspectos son cubiertos por los diferentes autores que contribuyen con sus aportaciones a este monográfico.

La confrontación entre reforma o ruptura revolucionaria, y la disputa entre democracia representativa y democracia asamblearia están presentes en el texto de Pablo Montes, quien señala que a finales del S.XIX comienza a operarse una ruptura en el seno del obrerismo entre reformistas y revolucionarios, siendo los primeros considerados, de un modo dominante, un elemento de estabilidad democrática tras 1918; y los segundos, uno de inestabilidad que contribuiría al ascenso de los fascismos. Montes refuta esta perspectiva defendiendo la tesis de que la revolución fue un proyecto de genuina democratización tanto como el reformismo contribuyó al debilitamiento del proyecto democrático.

José Luis Martín Ramos analiza la repercusión internacional de la revolución alemana y en particular del comunismo alemán, ya que Alemania había de ser para los bolcheviques el epicentro de la revolución mundial; y que por ello la política de la Internacional Comunista tuvo a Alemania como su referente principal, hasta 1933. Fue la revolución de noviembre en Alemania la que llevó a Lenin a convocar la constitución de la nueva internacional revolucionaria, semanas más tarde. Culmina su análisis

concluyendo que el Partido Comunista Alemán (KPD) estuvo desde el inicio condicionado por dos factores: la derrota de su propuesta de desencadenar un segundo tiempo revolucionario, un «octubre alemán» emulando el ruso; y la estrecha interacción entre la política de la Internacional comunista y la de los comunistas alemanes, fuera para pisar el acelerador o el freno.

Por último, en mi colaboración analizo las características y papel del sindicalismo revolucionario de base (*Revolutionäre Obleute*) surgido durante la segunda mitad de la Gran Guerra, tanto durante el conflicto bélico como en el desarrollo de la revolución alemana, donde ofreció una vía alternativa al desenlace de la caída del Kaiserreich en noviembre de 1918.